

Isla de Cedros, interacciones sociales y la perspectiva de sistemas mundiales

*Matthew R. Des Lauriers y Claudia García-Des Lauriers
University of California, Riverside*

El “Proyecto Arqueológico Isla de Cedros” propone investigar la Isla de Cedros, Baja California, con la intención de obtener un mejor entendimiento de sociedades isleñas y cazadoras-recolectoras, sus relaciones con poblaciones (circun)vecinas de la tierra firme y ver hasta qué nivel las islas cercanas al continente pueden ser descritas como “insulares” -- aisladas y económicamente autosuficientes. Las islas evocan muchas imágenes en el pensamiento popular, desde aislamiento a paraíso. Las realidades de los contextos isleños no son menos fascinantes o biológicamente, geológicamente y culturalmente diversas. Existen muchas suposiciones sobre sociedades isleñas, especialmente entre las que son aisladas y que tienen interacciones económicas y culturales limitadas con sus vecinos. En el caso específico de la Isla de Cedros, podemos empezar a examinar estas preguntas en un nivel específico al mismo tiempo que contribuiremos al diálogo sobre interacciones culturales en general.

Los diarios de 1540 de Francisco de Ulloa y Francisco Preciado (Montané 1995), y especialmente el manuscrito del jesuita Miguel Venegas (1979(4)), revelan una abundancia de datos que pertenecen a interacciones y estructuras sociales. Combinada esta información con los datos arqueológicos ya obtenidos, se pueden proponer ideas sobre la interacción entre Cedros y tierra firme, y también algunos propósitos sobre la naturaleza de interacciones entre isleños y tierra firme en general.

Un marco que puede proporcionar herramientas conceptuales para acercarnos a este tema, es la perspectiva de sistemas mundiales como ha sido elaborada por Chase-Dunn y Hall (1997) y como se ha aplicado a un caso de cazadores-recolectores (los wintus del norte de Alta California) por Chase-Dunn y Mann (1998). Básicamente, esta perspectiva propone una serie de redes enjagadas y limitadas geográficamente, en que son encapsulados los diferentes tipos de interacciones que ocurren entre grupos locales y sus vecinos. Según Smith y Berdan (2003:8-9), estas redes, desde la más restringida a la más extensiva, son la “red de bienes abultados refiriéndonos al área dentro de la cual ocurren la mayoría de los intercambios de comida y otros bienes pesados”. Afuera del rango de la primera red está la red política-militar, la cual “describe el área donde ocurren interacciones políticas y militares regularizadas”. Extendiéndose aún más lejos está la red de bienes de prestigio, la cual “describe el intercambio de larga distancia de bienes lujosos”. Finalmente, la extensión más remota de estas redes enjagadas es por la cual se transmite información. Aunque no es exactamente un intercambio de materiales, la transmisión de información puede ser sumamente importante por razones ecológicas, sociales, políticas, económicas e ideológicas. Este marco requiere una cantidad impresionante de datos, y muchos estudios necesarios. Todavía falta más estudio en Isla de Cedros para evaluar completamente la aplicabilidad de esta perspectiva. Sin embargo, no es demasiado temprano para empezar a explorar tentativamente sugerencias basadas en los documentos etnohistóricos y los tres años de trabajo de campo arqueológico ya cumplidos.

Primeramente, sabemos de los escritos de Venegas (1979(4):392) que la Isla de Cedros

fue nombrada Huamalgua por sus habitantes indígenas. Sin embargo, tenemos que tomar en cuenta que esta apelación por lo pronto sólo aplica a los tiempos de prehistoria tardía y el periodo de contacto. Sin saber el nombre autóctono para este grupo indígena, utilizaremos el término “huamalgüeños” o “cultura huamalgüeña” para referirnos a los pobladores del lugar durante el periodo protohistórico.

Investigaciones arqueológicas en la Isla de Cedros han revelado una abundancia de sitios grandes y ocupados intensivamente. Muchos de éstos tienen huellas de casas o chozas indígenas, incluyendo un sitio, ubicado en la costa sur, donde se han localizado 356 de éstas. Otros sitios en la costa oeste y cerca de la punta norte también muestran evidencias abundantes de una habitación de larga duración, pero este sitio (PAIC-36) supera a todos los otros en el número y densidad de huellas de casa. Tal densidad se puede atribuir al hecho de que esta porción de la costa era la mejor situada para salidas y llegadas desde la tierra firme. La importancia de este sitio para interacción con la parte continental no puede ser subestimada, como veremos más adelante.

Además, sabemos que los huamalgüeños tuvieron una tecnología marítima bien desarrollada, con barcos hechos de troncos de cedro y madera roja que barran en la costa venidos desde, por lo menos, el norte de Alta California. Estos barcos han sido llamados balsas de leños por Heizer y Massey (1953), pero en la descripción de Ulloa (Montané 1995:238-239) me parece indicar un tipo de canoa estilo “*outrigger*”. Estas embarcaciones eran estables, como escribió Preciado (Montané 1995:330): “Inmediatamente vimos salir al mar cinco o seis canoas bien alejadas de nosotros y los que estaban adentro se veían frecuentemente ponerse en pie para vernos y reconocernos bien”. Además, tanto Ulloa como Preciado comentaron que cada canoa fue capaz de llevarse hasta cinco o seis personas adultas (Montané 1995).

De estas descripciones y otras señales claras en la relación de Taraval (Venegas 1979(4)), se puede inferir que los huamalgüeños eran gente del mar, capaces no solo de usar sus embarcaciones en sus pesquerías, sino también para cruzar hasta las Islas de San Benito y Natividad, y -- con mayor importancia para el tema actual -- a la península. El hecho de que, por lo menos durante temporadas favorables, estos viajes pudieron ser cumplidos con certeza, significa la probabilidad de que los contactos con la tierra firme eran regulares e involucraron más que unos pocos individuos. La noticia de “familias de isleños” quedándose un tiempo en la rancharía de Anawa, ubicada cerca del poblado actual de Punta Eugenia (Venegas 1979(4):390), es interesante, en contraste con la declaración de Taraval de que no todos los miembros de la sociedad huamalgüeña participaron en estos viajes (Venegas 1979(4):408).

A pesar de la capacidad técnica de los huamalgüeños para viajar y transportar gente (y, entonces, bienes) a través del Canal de Kellett, no es muy probable que hayan participado en una red de bienes abultados extendida hacia afuera de los límites de su propia isla, en parte porque no hay evidencia documental para sugerir la necesidad del transporte de tales bienes, y evidencia arqueológica del embarque de materiales en cantidades a gran escala no se ha observado hasta ahora.

Por otro lado, la obsidiana no se presenta naturalmente en isla de Cedros; sin embargo, cantidades notables de este material han sido observados en casi cada sitio con evidencia de uso o habitación intensiva. Es importante notar que todas las piezas de este material importado son bastante pequeñas, y muchas muestran señales de reducción por la técnica bipolar. Esta técnica es útil para reducir piezas pequeñas y obtener lascas aptas para la fabricación de puntas de flecha y otras herramientas pequeñas. El transporte de esta materia prima, en piezas chicas, no era una necesidad para los huamalgüeños. Materiales aptos para lasquear abundan en la isla y son de

diversos tipos y configuraciones. Hasta la expedición enviada por Taraval en 1732 y compuesta de gente indígena de la misión de San Ignacio, se notó la diversidad y calidad de las piedras para herramientas de la isla, y llevaron muestras de éstas a la misión, según Venegas (1979(4):395): “Son estas [piedras] de varios colores: mas los que causan más admiración son los pedernales: y entre los pocos que llevaron los exploradores, había de cuatro colores: blancos, encarnados, azules, y amarillos”. La mayoría de las puntas de proyectil fueron hechas de piedra local, y a pesar de la frecuencia de puntas pequeñas de obsidiana, el material local era más que adecuado para la fabricación de todos los estilos de punta ya observados en la isla. De estos comentarios y la diversidad y abundancia impresionante de piedra local de muy alta calidad, se deduce que había algo más que simplemente asuntos funcionales involucrados en el transporte y uso de obsidiana en la Isla de Cedros.

Además, vale señalar que entre las pocas cosas encontradas con el entierro rescatado en febrero de 2003 (a petición del INAH), había dos lascas de obsidiana. Inicialmente, no estaba muy claro si éstas fueron simplemente de desgaste o si se relacionaban funcionalmente con los artefactos de hueso hallados en asociación próxima. Dada la discusión actual, no sería demasiado inverosímil proponer que la cultura huamalgüeña atribuyó una cierta cantidad de significancia simbólica a estas lascas sencillas. Si tenemos entendido que bienes materiales intercambiados entre grupos e individuos representan simbólicamente los vínculos sociales entre ellos (Mauss 1950:12), estas lascas podrían representar las relaciones sociales que el individuo (o su linaje o clan) tenía con individuos o grupos del continente. También pudieran ser simbólicas, en un sentido más general, de la tierra firme, porque los huamalgüeños sabían perfectamente que este material venía de la península, y probablemente lo vincularon conceptualmente con los habitantes de ésta.

La obsidiana probablemente no era el único material que cruzó el canal, llevado por los barcos de los huamalgüeños. Existe en la isla una fuente excelente de creta o gis blanco, apto para la pigmentación del cuerpo descrita por Ulloa (Montané 1995:241). Pero también hemos observado fragmentos de pigmento de ocre rojo en sitios arqueológicos, y residuos de este pigmento sobre la superficie de algunos metates. Este material es de origen no muy claro, porque no sabemos de ninguna fuente que exista en la isla. La transformación de esta materia prima al pigmento para uso en la decoración del cuerpo y como pintura de varias aplicaciones, representa su importancia para la gente de Huamalgua, más allá de ser solamente una mercancía de intercambio. El ocre rojo era un vehículo para la expresión de ideología y ritual, pero también para la manifestación material de vínculos sociales entre los huamalgüeños y los de tierra firme en un sentido simbólico.

Pero estos ejemplos pertenecen sólo a materiales importados a la isla. ¿Qué tenían los huamalgüeños para ofrecer en este intercambio o sistema de reciprocidad? Una posibilidad es la gran cantidad de pieles bien curadas de mamíferos marinos observados tanto por Ulloa (Montané 1995:238) como por Preciado (Montané 1995:333) y Taraval (Venegas 1979(4):398). Parece que procesaron estas pieles en una cantidad que excedió las necesidades locales. Ya que desconocemos cuál era el motivo más específico para acumular tantas pieles, podemos suponer que fueron destinadas para intercambio con grupos de la tierra firme. La evidencia documental es consistente y suficientemente independiente para asegurarnos que estas cantidades de pieles sí existieron en asientos huamalgüeños, pero identificar la huella arqueológica sería más difícil.

Una posibilidad que resultó de los análisis preliminares de materiales de la aldea más grande (PAIC-36), es una frecuencia desproporcionada de huesos de aletas de mamíferos marinos. Estos huesos no son los más densos ni los más resistentes a procesos tafonómicos;

entonces, su frecuencia alta debe tener una causa cultural. Una posibilidad es que cuando despellejaron los animales hayan dejado las aletas sujetas a la piel. Tal vez las cortaron durante el proceso de curtido, lo cual probablemente ocurrió dentro de las zonas residenciales o en sus cercanías. También es posible que no las hayan quitado, y estos huesos pequeños son los remanentes de estos bienes frecuentemente notados en los documentos históricos.

Pasando a una evaluación del grado de contacto social directo, vemos evidencia en la *Noticia* de Venegas (1979(4):390) de familias huamalgüeñas que permanecían algún tiempo en aldeas de la tierra firme, tanto con el papel fundamental de asentamientos cercanos a la punta Eugenia como la “única comunicación con la tierra firme” (Venegas 1979(4):403) para la población huamalgüeña. A pesar de esta conexión geográficamente restringida, no debemos subestimar la importancia de relaciones sociales entre la Isla de Cedros y la tierra firme. Especialmente, porque después de la “reducción” de las aldeas de la zona Malarrimo-Punta Eugenia-Bahía Tortugas-Laguna de San Ignacio, aumentaron las dificultades para habitar la isla, y los últimos 119 individuos salieron a la misión de San Ignacio en 1732 (Venegas 1979(4):404).

Es probable que, por lo menos en el caso de los grupos que habitaban el área de la costa al oeste del desierto de Vizcaíno, interacciones con las poblaciones de la Isla de Cedros fueron bastante frecuentes e importantes para aprovechar las redes de intercambio y mantener vínculos sociales. Aquí sugiero que estos vínculos no fueron motivados principalmente por necesidades económicas, sino como una manera de crear y mantener redes sociales y de parentesco. Estas redes pudieron ser sumamente importantes para obtener parejas y compartir riesgos, y tal vez para propósitos no materiales, como reuniones rituales. También es importante recordar que tales vínculos pudieron basarse en lazos de parentesco, con miembros de los mismos linajes o gremios que vivían en varios asentamientos. Las escrituras de Taraval (Venegas 1979(4):408) sugieren que los huamalgüeños tuvieron algún tipo de organización social basado en parentesco similar al gremio o clan, y que por lo menos tres o posiblemente cuatro de estas agrupaciones sociales delinearon las identidades de este pueblo.

Es posible que los materiales exóticos presentes en la Isla de Cedros hayan llegado como parte del intercambio esperado entre parientes, o como regalos recíprocos entregados a huamalgüeños por individuos o grupos de la tierra firme. No hay necesidad de inferir la presencia de ningún tipo de intercambio al estilo mercado, ni viajes entre la isla y la península con la sola intención de obtener materiales a través del intercambio. Se puede sugerir que hubo visitas frecuentes entre amigos y parientes, pero la cantidad y naturaleza de los materiales observados arqueológicamente o inferidos de los documentos históricos, no sugieren la elaboración de una industria de intercambio puramente económico. Pero todavía no entendemos el papel de las “pieles amontonadas”. Es probable que éstas fueron un medio importante de intercambio, un bien que los huamalgüeños pudieron proporcionar a sus vecinos y parientes de la tierra firme. Tampoco podemos negar la posibilidad de que hubo bienes intercambiados que no se preservaron bien en los depósitos arqueológicos, como cestería, frutas, arcos, etcétera. Sin embargo, la producción de bienes para intercambio no fue el enfoque central de la vida cotidiana entre los huamalgüeños.

En este sentido, podemos decir que las poblaciones de la Isla de Cedros fueron más insulares que las poblaciones de las islas del Canal de Santa Bárbara, de la Alta California. Allá se dieron una especialización artesanal y un sistema político-económico basados en la fabricación y distribución de cuentas de concha aparentemente críticas (Arnold 1992), no solamente para la construcción y el mantenimiento de relaciones sociales y estatus, sino también para un impulso central en la economía de los chumash.

Paralelo al caso de Cedros, cuando las rancherías de la tierra firme fueron reducidas y casi todos los grupos fueron trasladados a alguna de las misiones franciscanas, aumentaron las dificultades para habitar las islas, y al fin sus poblaciones las abandonaron. Una vez que se rompieron los vínculos con la tierra firme, es probable que muy pronto hayan empezado a caer los sistemas políticos y económicos que se centraron en la producción y distribución de ornamentos de concha. Con los fundamentos de poder político y estatus social rotos, la sociedad de los chumash de las islas, aunque todavía conservaron recursos de subsistencia y tecnología, no pudieron sostener estructuras sociales y redes que tenían miles de años de desarrollo (Kennett y Kennett 2000).

Hay un dato ineludible y de distinción crítica que separa a la Isla de Cedros: ¡es en verdad el fin de la tierra! No hay islas capaces de sostener habitación permanente más allá de ella, y las conexiones con la tierra firme que tenía fueron restringidas a unas pocas rancherías o aldeas. No podría existir un sistema telaraña de interacciones con diversas poblaciones, como fue el caso en otras regiones de Norteamérica.

No cabe duda de que éste era un factor que limitó las posibilidades del desarrollo de bienes de intercambio estandarizados, o la organización económica de Cedros alrededor a la producción de bienes durables. Este hecho, combinado con la baja densidad de población del Desierto Central (Aschmann 1959) y el Mar de Cortés -- la barrera principal que separa a los bajacalifornianos del continente -- impidió la intensidad crítica de interacción que pudo haber permitido tal adaptación. No había poblaciones vecinas numerosas y diversas, como encontramos en Alta California. Entonces, el mantenimiento de relaciones amigables y continuas con los grupos del desierto de Vizcaíno fue urgente y obligatorio.

Ciertas noticias en las escrituras de Venegas dan fundamento a estas sugerencias, y lo siguiente es sólo un ejemplo: “Estos de Anawa [Punta Eugenia] tenían comercio, y parentesco con los isleños de una isla cercana a tierra firme [Isla de Cedros], que es la segunda de las que ahora se han descubierto” (Venegas 1979(4):390). Entonces, es muy probable que hayan vivido parientes de los huamalgüeños en todas las rancherías-aldeas del desierto de Vizcaíno. Además de que tenían un idioma en común, las relaciones entre ellos eran probablemente muy estables.

No queremos decir que estas conexiones no eran extremadamente importantes en el mundo de los huamalgüeños. Como ejemplo, menos de un año después de la fundación de la misión de San Ignacio, un grupo de huamalgüeños llegaron hasta allá, sin ninguna ayuda de los jesuitas. Esto es evidencia clara de que los huamalgüeños estaban bien informados de eventos en la península, y aprendieron de estos sucesos en poco tiempo. Tal vez esta observación puede explicar por qué Ulloa y su tripulación (Montané 1995) fueron recibidos con tanta hostilidad en Cedros. El intento fracasado de fundar una colonia en La Paz por Cortés (Mathes 1973), fue tan impresionante para la gente indígena que ciertamente relataron la historia a sus vecinos y, a su vez, ellos a sus vecinos, etcétera. Temprano en 1540, sólo cuatro años después, los huamalgüeños ya estaban informados del comportamiento de estos extranjeros y decidieron oponer su llegada a esta isla.

Entonces, parece que en ambos casos (el de la Isla de Cedros y el de los chumash), no fue una incapacidad para pescar o recolectar recursos, pues éstos no desaparecieron. No fue una falta de tecnología. No fue nada que se tratara de subsistencia o cambios de clima lo que resultó en la destrucción de las culturas isleñas, sino la eliminación de lazos sociales con la tierra firme. Para los chumash, la interacción llegó a ser tan importante en su economía social, y hasta comida y bienes abultados transportaron a sus islas, que es muy fácil entender el papel que cumplió el intercambio en el mundo de ellos. En el caso de Cedros, podría demostrarse que las líneas de

contacto eran muy angostas, y probablemente no responsables por el intercambio de grandes cantidades de bienes abultados. A pesar de eso, los vínculos sociales y su significancia cultural fueron de importancia crucial para el mantenimiento de la sociedad huamalgüeña de una manera todavía no bien entendida específicamente. Es muy probable que los vínculos de parentesco y los varios papeles que realizan fueron algunos de los aspectos más destacables de la interacción para los huamalgüeños. Para encontrar parejas potenciales, compartir riesgos de desequilibrios de recursos, participar en rituales comunales, hay que mantener contacto con otros grupos. También para participar en el intercambio de información, y la simple necesidad de toda la gente de tener contacto con otra gente, hay que guardar los vínculos, no importa si son angostos. Como notaron Chase-Dunn y Mann (1998) para los wintu de Alta California, los sistemas de obligación social son más importantes que los bienes mismos. Es decir, el proceso de intercambio con individuos o grupos específicos fue más importante que los bienes intercambiados.

En el caso de las islas del Canal de Santa Bárbara, las relaciones con la tierra firme eran la base de la organización política y económica, e imposible de separarlas del sistema total sin iniciar un colapso de la sociedad completa. Las redes de estas gentes isleñas fueron de suma importancia para la reproducción social, y no parece que la estrategia de seguir habitando estas islas era algo que la gente pudo o quería continuar. El grado de contacto entre tierra firme y la isla, y su importancia para la economía de subsistencia -- su "nivel" de insularidad -- puede determinar las posibilidades para la economía isleña local. El caso de los chumash sirve de ejemplo de la aparición de una sociedad que dependió de las relaciones de intercambio para su reproducción social. La economía de las islas más grandes fue reorganizada alrededor de la producción de cuentas de concha, y estas cuentas llegaron tan lejos y en tanta cantidad que formaron un medio de intercambio estandarizado aun afuera del territorio de los chumash (Bennyhoff y Hughes 1987). Tales oportunidades no se les presentaron a los huamalgüeños, y su economía básica fue, por necesidad, no tan dependiente del intercambio económico con la tierra firme.

La forma específica de interacción puede variar dependiendo de las oportunidades que presenta el ambiente geográfico, ecológico y demográfico. Las estrategias de poblaciones isleñas no son restringidas a un solo camino, pero mucho depende del contexto social de la gente isleña. Los huamalgüeños siguieron siendo parte del mundo de la península de Baja California, aunque una parte retirada y distinta en algunas formas de vivir y pensar. Parece que Cedros fue más autosuficiente en su economía de subsistencia, y en este sentido fue "insular"; pero ahora nos preguntamos si la definición de este concepto no es demasiado estrecha. Claramente no es una pregunta de ser o no ser "insular", sino algo que varía a través de un rango y en varios niveles (tanto sociales como económicos). Entonces creemos que -- al menos en situaciones extremas, como en la isla de Pascua -- no es posible que una cultura isleña sea totalmente insular en todos los aspectos. Puede ser autosuficiente en términos de subsistencia, pero si hay oportunidad de tener contactos intensivos con otra gente, siempre van a aprovecharlos, especialmente en los casos de islas cercanas al continente.

En el caso de los Chumash, fueron la producción de bienes de prestigio y un sistema político-económico basado en el intercambio de estos bienes, los vehículos más importantes de interacción; para la gente huamalgüeña, fue el mantenimiento de lazos de parentesco el que motivó los viajes a través del canal. Pero ninguna de estas sociedades sobrevivió a la pérdida de estas interacciones, de estas relaciones sociales. Claramente, éstos fueron los resultados más valiosos y más duraderos de eventos de intercambio e interacción entre grupos e individuos en la prehistoria (Mauss 1950).

Bibliografía

Arnold, Jeanne E.

- 1992 "Cultural disruption and the political economy in Channel Islands prehistory", en *Essays on the prehistory of maritime California*, Terry L. Jones, ed., pp. 129-144, Center for Archaeological Research at Davis Publication 10, University of California, Davis.

Aschmann, Homer

- 1959 *The central desert of Baja California: demography and ecology*, Iberoamericana 42. University of California, Berkeley.

Bennyhoff, James y Richard Hughes

- 1987 "Shell bead and ornament exchange networks between California and the western Great Basin", *Anthropological papers of the American Museum of Natural History* 64(2):79-175, New York.

Chase-Dunn, Christopher K. y Thomas D. Hall

- 1997 *Rise and demise: comparing world-systems*, Westview Press, Boulder, Colorado.

Chase-Dunn, Christopher K. y Kelly M. Mann

- 1998 *The Wintu & their neighbors: a very small world-system in northern California*, University of Arizona Press, Tucson.

Heizer, Robert F. y William C. Massey

- 1953 "Aboriginal navigation of the coasts of upper and Baja California", *Bulletin of the Bureau of American Ethnology* 151:285-312.

Kennett, Douglas J. y James P. Kennett

- 2000 "Competitive and cooperative responses to climatic instability in coastal southern California", *American Antiquity* 65:379-395.

Mathes, W. Michael

- 1973 *The conquistador in California: 1535*, Dawson's Book Shop, Los Angeles.

Mauss, Marcel

- 1950 *Essai sur la don*, Presses Universitaires de France, Paris.

Montané Martí, Julio C.

- 1995 *Francisco de Ulloa: explorador de ilusiones*, Universidad de Sonora, Hermosillo.

Smith, Michael E. y Frances F. Berdan

- 2003 *The Postclassic Mesoamerican world*, University of Utah Press, Salt Lake City.

Venegas, Miguel

- 1979 *Obras californianas del padre Miguel Venegas, S.J.*, W. Michael Mathes, Vivian C. Fisher y Eligio Moisés Coronado, eds., 5 vols., Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.